

## ABUELA, CUÉNTAME UN CUENTO

Adela era una niña muy soñadora. Vivía en un pueblecito de Toledo llamado Aldeanueva, hace ya unos años. Su "abuela, la vieja" era ya muy mayor y se había quedado ciega, por eso cada mes la llevaban a la casa de uno de sus ocho hijos, para que la cuidaran. La llegada a la casa de la bisabuela Eladia era motivo de alboroto para los biznietos, porque todos querían sentarse a su lado y que les contara historias. Se sabía muuuchas. Cuando llegaban del colegio, dejaban la cartera y se iban corriendo a ver quién se sentaba más cerca de ella.

Adela la observaba atentamente. Era muy viejecita y siempre estaba sonriendo. Muy encorvada y sentada siempre en la misma silla, vestía con varios refajos negros casi hasta los pies, blusa negra, mandil negro y pañuelo negro y olía a Nenuco. Tenía el pelo blanco, muy largo, bien peinado y estirado en un moño con el que siempre la había conocido. Sus horquillas y peinetas marrones estaban desgastadas por el uso de tantos años. Sus ojos, blanquecinos, se habían nublado de tanto leer a la luz de las velas.

Observaba también, cómo doblaba la ropa seca, tocándola y retocándola como si no hubiera nada más importante en el mundo que eso que ella hacía. Envolvía los calcetines distinguiendo por el tacto el derecho del revés y acariciaba la ropa una y otra vez, aplastándola en el montoncito que con ella había preparado. Y parecía que el tiempo se había detenido.

Adela era la mayor de los nietos en la casa de la abuelita María. Cuando la niña era capaz de romper el hechizo que le producía mirar a la "abuela, la vieja", le daba un dulce beso y le decía: "abuela, cuéntame un cuento".

Entonces ella la cogía de la mano y le preguntaba: "hija, ¿Quién eres?"

"Soy Adela"- respondía la niña.

"¡Ay Adela, querida, querida!, ¡ay querida, querida!", y mientras le acariciaba la mano y sonreía, con su arrugado dedo gordo le frotaba el dedo gordo a Adela, mientras, a modo de hilo conductor, iniciaba una de sus múltiples narraciones, como la que vamos a contar hoy...

"Verás, hija- decía-, hace unos años, en el pueblo había una niña muy alegre y hacendosa. Sería más o menos de tu edad, sí, así como tú. Por la mañana, se

levantaba diligente de la cama cuando su madre la llamaba. Apenas iba a la Escuela porque, en aquellos tiempos los niños tenían que ayudar a sus padres en los trabajos del campo, de los animales y de la casa. Eran tiempos difíciles. Ella se ocupaba la mayor parte del tiempo del pastoreo de las ovejas, por eso le llamaban "la pastorcilla", pero cuando era tiempo de castañas, bellotas, aceitunas, en fin, que también iba a recogerlas. Esta niña de la que te hablo se llamaba Lucía.

Cuando Lucía tenía más o menos tu edad, las Iglesias estaban abiertas todo el día y la gente que quería se pasaba a hacer una visita. Por eso, a cualquier hora podías ir y estar a solas un ratito con Jesús, con María su madre o con el Santo de la devoción de cada uno. Era un momento de paz especial.

Y eso era lo que hacía Lucía. Cuando volvía de con sus ovejas hacia su casa, con su cesta de mimbre en el brazo y su pañuelo al cuello, se pasaba por la Iglesia a hacer una visita. Dejaba en el suelo la cesta con los frutos silvestres que había recogido y se ponía el pañuelo en la cabeza, en señal de respeto. Porque antes se usaba mucho el velo, las mujeres nos lo poníamos en la cabeza antes de entrar a la Iglesia; -¿Tú lo has conocido, hija?-. -Sí, abuela, aún guardo uno-. Pues sí, sí, era negro, de tul casi siempre, pero ella no tenía velo. No importaba; "la pastorcilla" se santiguaba, se sentaba en un banco de la Iglesia, frente al Altar e iniciaba su retahíla: "Cestitos, canastitos. Cestitos, canastitos..." y la cara de Lucía comenzaba a brillar de felicidad. Parecía que el mundo a su alrededor desapareciese y ella se encontrara en otro lugar.

Esto ocurría todos los días, todos, todos los días.

Coincidía que, a esa hora, algunos días Don Nicolás, sencillo sacerdote de la Parroquia, se encontraba en el confesionario rezando, tras haber terminado la confesión diaria. Solía reservarse un ratito al final para meditar en soledad.

Cuando aparecía Lucía, él salía de su ensimismamiento y la observaba. Attendía con curiosidad cómo la niña repetía su ritual de llegada cada día. Cómo se dirigía al Altar, dejaba su cesta, se colocaba el pañuelo y se sentaba en el banco. Luego, con mucha devoción, la escuchaba decir: "Cestitos, canastitos. Cestitos, canastitos. Cestitos, canastitos". Cuando a él

le parecía adecuado, salía del confesionario y se dirigía a la Sacristía. En la puerta se paraba y se volvía a mirar a "la pastorcilla" y percibía que la niña no se había dado ni cuenta de su presencia, pues seguía mirando al altar con la misma cara de felicidad.

Don Nicolás, como buen samaritano, había comenzado a darle vueltas en la cabeza a este hecho. Pensaba que, si diciendo "Cestitos, canastitos" la niña se sentía tan feliz, si la enseñaba a rezar, esa criatura llegaría a la santidad! Y así, decidió que la enseñaría a rezar, si ella quería, claro.

Al día siguiente, cuando la niña se iba a marchar, terminada su visita, se lo propuso. A Lucía le pareció bien y todos los días, al terminar la visita, el bienintencionado sacerdote le enseñaba las oraciones más habituales.

A medida que Lucía las iba aprendiendo, las iba recitando en su visita cotidiana, pero sucedía que...

Cuando ya llevaba un tiempo diciendo las oraciones, don Nicolás notaba que algo no funcionaba bien y se acercó a la niña a preguntarle cómo le iba la visita con las oraciones. Lucía, muy triste, le dijo que, desde que rezaba las oraciones que él le había enseñado, ya no veía en el Altar ese resplandor celestial que la invadía y que hacía que se sintiera tan feliz. Ya no veía nada, no sentía nada y eso le producía una gran tristeza.

Don Nicolás ya se lo había imaginado porque, cuando estaba en meditación en el confesionario y la niña llegaba, la observaba para saber el efecto del cambio y se había dado cuenta que su cara ya no brillaba de felicidad.

El sacerdote no podía comprender cómo las oraciones no hacían brillar la cara de la niña y la retahíla sí. Se dio cuenta de cómo el modo lógico de pensar, a veces no es tan lógico, porque no se cumple. Dio unos cuantos paseos para allá, para acá, pensando en lo que le estaba sucediendo a Lucía. Y tomó una decisión; como era un santo varón que amaba a sus hermanos y se preocupaba por ellos, le dijo a la niña con rotundidad que se olvidara de las oraciones que él le había enseñado y que siguiera con sus "Cestitos, canastitos", porque era evidente que "esa" era la oración de Lucía que más agradaba a Dios.

Desde aquel día, Lucía, "la pastorcilla", siguió haciendo su visita, orando a su manera, con sus "Cestitos, canastitos", y la iluminación llegó a ella de nuevo, para su gran gozo y el de su párroco, que, aunque no entendía nada, aceptaba que los designios de Dios fueran tan asombrosos.

Y aquí acaba la historia, Adela, hija. ¿Te ha gustado?"

María Jesús Rodríguez Pueyo